

Emergentes de inseguridades en Saavedra-Barrio Mitre.

Conflictos, organización vecinal y Estado

*Horacio Roberto Sabarots*¹

1. Introducción

En la Argentina, a lo largo de la segunda mitad de la década del 90 el problema de la inseguridad se fue instalando como un tema prioritario a través de los medios de comunicación, y en la sensibilidad de amplios sectores de la sociedad. Desde algunos especialistas en el tema se avizoraba una “colombianización” de la situación en Argentina, como una especie de hecho inexorable en Latinoamérica al que la Argentina, y el cono sur en general, había podido resistir más tiempo fruto de las resonancias de un pasado con mayor integración social.

En tal sentido se globalizan los discursos y las prácticas de “combate a la inseguridad” haciéndose sentir a nivel local lo que Löïck Waquant llamara poéticamente los vientos punitivos del norte, en relación a las nuevas políticas de seguridad que acompañaron al modelo político-económico neoliberal de alcance planetario. Así fue que políticas de seguridad inventadas en Estados Unidos, como las del alcalde Giuliani en Nueva York, popularizada como de “tolerancia cero” son tomadas como modelo a seguir en las grandes ciudades del sur, como el caso de Buenos Aires (Wacquant, 2000, 2001). La cuestión que abordaremos en este trabajo estrechamente vinculada con las nuevas políticas en seguridad es un ejemplo más de lo que Antony Giddens llamara “modernidad radicalizada”, en referencia a la actual etapa del capitalismo en la que: *“Los aspectos locales son penetrados en profundidad y configurados por influencias sociales que se generan a gran distancia de ellos. Lo que estructura lo local no es simplemente eso que está en escena, sino que la ‘forma visible’ de lo local encubre las distantes relaciones que determinan su naturaleza”* (A.Giddens; 1993:30).

1 Facultad de Ciencias Sociales de Olavarría – UNCPBA. E-mail: hrosabarots@ciudad.com.ar. Los nombres de los informantes que se citan en este trabajo son de ficción.



Nuestro referente espacial de análisis se centra en Saavedra-Barrio Mitre, zona ubicada en el límite noroeste de la Ciudad de Buenos Aires que incluye la denominada “villa Mitre”, actual barrio precario donde existió en el pasado una antigua villa miseria desde la década de 1940. El contexto total de Saavedra esta compuesto por barrios de clase media y media alta lo que implica una heterogeneidad social que se pone en tensión frente a la emergencia de problemáticas diversas asociadas con la inseguridad, fundamentalmente desde la segunda mitad de la década de los 90s.

2. Los relatos sobre el origen de la inseguridad

En la zona del Barrio Mitre no es sencillo rastrear el inicio de esta construcción social que llevó a fines de los años 90s a instalar a la inseguridad como uno de los problemas sociales más importantes, en parte porque hoy integra el sentido común de sus pobladores como algo naturalizado. No obstante, podemos, a través de testimonios de vecinos, indagar en hechos significativos para ellos mismos que tuvieron repercusión pública y que orientaron y movilizaron a la gente en torno de esta cuestión. No casualmente, los testimonios siguientes de José (residente del Barrio Mitre) establecen una vinculación entre la discriminación sufrida por su hija en la escuela con una serie de hechos delictivos que cambiaron el clima social en el barrio:

“Casos puntuales muy fuertes fueron: entregador en un Banco, cuando acribillaron a un policía, en el Banco Credicoop. Fue un caso de un policía conocido, tenía hijos chiquitos y quisieron asaltar el banco pero...tirotean el banco, y justo este muchacho viene con la moto y ahí nomás le dieron con un FAL. Eso fue una cosa muy fuerte, ahí se empezó a armar toda una cuestión de prevención, seguridad. Eso debe hacer dos años. Y...eso fue tan fuerte en el medio que...fuertísimo, fuertísimo (...). Entonces las cosas empezaron a embarrarse...la inseguridad, el barrio Mitre, la villa que esta en Saavedra. Hubo asambleas en Credicoop por gente que estaba en la cooperativa de la policía, y se empezó a crear una bola muy grande. Se creo un discurso que el barrio Mitre era la zona roja, de conflictividad delictiva de Saavedra, como la zona en el límite con provincia, pero hubo muchos hechos que se demostró que no eran de acá ni nada por el estilo. Pero la característica de vivir en este lugar, te pasaba eso. Y que pasó, digamos. Sobre todo para los chicos, por ejemplo hacían allanamientos acá en el barrio que antes no hacían. Qué casualidad, en el mismo momento lo hacían en villa 20 de Lugano, a la misma vez hacían en el barrio Rivadavia. Que es esto, porque yo trabajo en poblaciones marginales, lo que son todo el tema de villas, comedores y guarderías a cargo, ése es mi laburo, de la Dirección de asistencia comunitaria, hace 12 años que trabajo y hace siete meses que soy director. Después de tanto tiempo de

trabajo, tenés una relación muy fluida. Entonces tenía comunicación telefónica de qué pasaba eso en varios lados” (Entrevista a José, agosto de 2001).

Se trata de la mirada de alguien que vive dentro del barrio Mitre, y por lo tanto parte del colectivo que el sentido común señala como sospechoso de participar en los hechos delictivos en ascenso. Su discurso sobre la violencia y el delito esta planteada desde el lugar del “victimario inocente”, o sea de quien vive la discriminación externa a través de la sospecha permanente, y de modo injusto pues, como tantos, no forma parte de ningún circuito delictivo. También su enfoque tiene el agregado de alguien que es un militante social con un cargo en el Gobierno de la Ciudad, por lo tanto con una experiencia y conocimiento personal de todos los bolsones de pobreza dentro de la ciudad.

Continuando este rastreo de los hechos relatados por los protagonistas, que nos permita un acercamiento a la subjetividad de los actores que vivieron el inicio de este proceso de incremento del delito y especialmente, de la sensación de inseguridad en la zona, nos resulta interesante contrastar lo anterior con los testimonios de otros actores de afuera del Barrio Mitre, que podemos tipificar como “víctimas inocentes”, siempre haciendo uso de la percepción de sí mismos, por parte de los sujetos entrevistados.

Domingo, es un hombre adulto que vino a la zona en el año 1984, vive en las torres de las Fuerzas Armadas lindantes con el Barrio Mitre. Logró comprar un departamento mediante el sistema hipotecario para el personal civil de las Fuerzas Armadas, pues trabaja en un hospital de la Fuerza. Así relataba el encadenamiento de robos de los que fue víctima, y que lo llevaron a una participación activa en el tema:

(luego de referirse a su actividad deportiva en el tenis, primero en el club Platense y después en el Mitre, relata algunos acontecimientos que cambiaron su vida): *“Hasta que después por problemas de... esto que pasó en el año noventa y pico, por un asalto que tuve muy feo, yendo justamente, un día al ir al club de tenis, salgo de la torre y cuando llego a la calle me doy cuenta que estaba dentro, ya no lo podía parar. Estaba adentro de una celada, me embocaron dos tipo, cuando pisé la calle me di cuenta que ya estaba. Y bueno, me dieron unos puntazos, me afanaron, me golpearon y los tipos se rajaron al barrio Mitre, entonces eso me colmó, ya me puso loco. Entonces ahí empecé a cambiar mucho” (...)* (Antes) *tuve un intento de robo frustrado que fue cuando me gatillaron la cabeza y no salió la bala, yo creo que fue un policía que me hizo un seguimiento a la salida de un banco, del 95. Me siguieron en un auto y cuando llego a mi casa, cortaron el tráfico, me asaltaron, forcejeé con un tipo que tenía una nueve milímetros., qué idiota. No sabés lo que fue eso, el tipo gatilló, no salió la bala. No me sacaron la guita, porque se armó quilombo, la gente empezó a mirar y los tipos se vieron acotados en el tiempo, me pegaron un culatazo que todavía tengo la marca. Eso*

fue un primer hecho que a mí me puso muy mal. Por eso pienso que fue la policía; la forma del manejo del arma, cómo manejaron el asalto, cómo usaban el arma para reducir al tipo que se oponía. Me dijeron lo de siempre, dame la guita. Yo no conozco la terminología policial. Te das cuenta el tipo cómo empuña el arma, no la tenía martillada, al martillar la pistola fue el acto intimidatorio para que me dejara de joder, ahí fue cuando le mordí el brazo. Estaba totalmente fuera de órbita. Dos meses después, otra salida de banco a una cuadra de la policía de San Martín, ahí me limpiaron todo, me agarraron entre tres tipos y me pusieron un fierro en la espalda que no sé qué era si un cuchillo, un palo, un dedo, no sé qué mierda era, uno me estaba ahorcando y tenía un fierro metido en la espalda y me limpiaron. Estaba totalmente...porque estaba levantando la deuda y me limpiaron. Me cayó un quilombo de la puta madre. Entonces yo ya estaba fuera de órbita, en ése no me resistí. Entonces yo ya estaba totalmente sacado. En noviembre del 96, hay un grupo acá que se llama JuVeSa (junta vecinal de Saavedra) estaba comandado, y el término está bien usado, por Cecilia R. en el sentido estricto de comanda”(...) “Yo me contacto con ellos en búsqueda de manejar mi miedo personal, un marco de contención, ¿qué carajo podemos hacer.?” (entrevista a Domingo, julio de 2001).

El testimonio es elocuente, y da cuenta de una experiencia traumática cada vez menos excepcional en el tramo final y más crítico del gobierno de Carlos Menem después del año 1995. Ello muestra cómo la desesperación, el “estar fuera de órbita”, generado por la violencia psíquica y física, sumado al despojo material por parte de quienes “se rajaron al Barrio Mitre”, condujo a Domingo y a muchos como él a buscar organizarse, a encontrarse con otros en situaciones similares e instrumentar alternativas de respuesta a una situación que era vivida como insostenible.

Dos experiencias distintas, dos miradas que se cruzan pero no se registran sobre un problema igualmente padecido, aunque de modo diferente, dentro de un espacio acotado y con una extrema proximidad física, aunque aislados en el plano sociocultural. Nos hablan de la emergencia de una conflictividad social inédita, producto de una brecha social que tiene raíces estructurales, pero que se manifiesta de modos muy diversos; a veces en forma abierta y pública con la intención de mantenerse dentro de la ley pero recurriendo a novedosos modos de protesta y beligerancia popular, tales como las acciones de los llamados “piqueteros”, actor social que se consolidó en este período (Auyero, 2002). Otras veces, de modo oculto, subterráneo, tejiendo redes ilegales que construyen un submundo de relaciones y códigos, del cual aún cuando no se participe, todos intuyen, saben, o padecen indirectamente su existencia, y sus conexiones mediante infinidad de canales con ese mundo visible, legal en la superficie, que configura una “normalidad” profundamente corrompida y deslegitimada.

Los límites entre lo legal y lo ilegal fueron profundamente violados e incluso esas prácticas perversas de corrupción y de ostentación de riqueza fueron minimizadas y banalizadas desde las altas cumbres del poder del menemismo y de la farándula mediática asociada. Frente a la impunidad del poder que hunde sus raíces en la última dictadura militar, cuestión hoy ampliamente debatida en la Argentina, ¿porque motivos entonces y siguiendo a que modelos se supone que el resto de la sociedad debería respetar la legalidad, y mucho menos quienes ni de lejos participaron de “la fiesta” y ni siquiera de algún beneficio secundario?

Cuando la inseguridad ciudadana afecta de modo directo y dramático a la población, el asombro, la incompreensión, y la búsqueda de soluciones drásticas iniciales dominan a las propias víctimas angustiadas ante la impunidad de lo inmediato. Sin embargo, desde una perspectiva más abarcadora y reflexiva dichos acontecimientos se tornan en un resultado previsible si los contextualizamos en un proceso de cambios estructurales y de la cultura política, en Argentina y a nivel global, que crearon las condiciones para su emergencia y florecimiento.

En trabajos anteriores (Sabarots, 2002, 2005) mostramos la conexión entre la creciente incidencia del delito en la zona y un imaginario social fuerte que construye a los jóvenes “marginales” de barrios pobres como protagonistas y victimarios. En ese sentido colaboran los medios masivos de comunicación que los coloca en el lugar del “chivos expiatorios” o del “enemigos fáciles” dentro de una sociedad en crisis.

Una constelación más amplia de imágenes prejuiciosas acerca de la “juventud desviada” se ha desplegado en nuestra sociedad: “consumistas”, “adictos”, “promiscuos”, “vagos”, “violentos”, y hasta “delincuentes”, dirigido particularmente a los pobres. En este marco es que resulta necesario analizar esta “construcción delictiva” de los jóvenes del Barrio Mitre, para contextualizar los modos de representación simbólica en el cual se produce y reproduce el problema de la inseguridad en la zona. A la vez creemos necesario no sólo indagar en los discursos y el imaginario sobre la inseguridad (tal como se define hoy por el sentido común) de los distintos actores de adentro y de afuera del Barrio Mitre, sino también en todas las conductas y prácticas violentas (simbólicas y materiales) de distinto tipo y en diferentes ámbitos, que van más allá del discurso hegemónico de la inseguridad que construye estereotipos de víctimas y victimarios, víctimas de clase media y alta, metafóricamente “violados”, victimarios jóvenes marginales, metafóricamente “violadores”. La intención en este análisis es penetrar más allá de los discursos sectoriales para comprender la dinámica social con todas las cartas sobre la mesa, o sea que incorpore otras inseguridades y riesgos ocultados en el discurso dominante, en un tema tan sensible a despertar emociones encontradas.

3. Las representaciones sobre el delito en la zona

Para recorrer este camino iremos de lo general a lo particular, desde los resultados de una encuesta realizada en el año 2003 que recupera una visión de conjunto, a los relatos de actores concretos que ponen de manifiesto lo que Foucault llamara la microfísica del poder, en distintos ámbitos de su ejercicio, lo que ha creado una arena de disputa y tensión a nivel local alrededor del tema de la inseguridad, tanto en el plano de la interpretación como en el de la acción.

En la encuesta que realizáramos en el año 2003, muestra de cien encuestados, se incluían una serie de preguntas vinculadas al delito en la zona, sus protagonistas, y el accionar de la policía. El trabajo de campo previo nos había orientado en cuanto a la relevancia que el tema tenía para los propios actores, incluso como emergente organizativo, así como a la incidencia de las limitaciones en cuanto a alternativas posibles de inclusión social, al estigma “villero” que reproduce la vulnerabilidad social y a la propia identidad de los jóvenes del barrio Mitre.

La primer pregunta sobre la cuestión apuntaba a registrar la importancia subjetiva del delito en la zona, en la que debían elegir entre una escala creciente de cuatro opciones desde ninguna importancia a mucha importancia, más la opción de NS/NC. Casi el 50 % contestó que el delito tenía mucha importancia en el barrio, en tanto que poco más del 20 % cada una respondió que era bastante importante y poco importante, respectivamente. Sólo el 6 % de los encuestados respondió que no tenía ninguna importancia (ver tabla N° 1). Dado que existe un discurso que señala el centro del Barrio Mitre como la localización de quienes comenten delito, nos pareció interesante cruzar la información anterior, con el lugar de residencia, codificado como: centro del Barrio Mitre, borde del bario Mitre y cerca del Barrio Mitre. Los resultados fueron los siguientes:

Tabla N° 1: Importancia del delito en el barrio por lugar de residencia

Importancia del delito en el barrio	Lugar de residencia									
	Centro del barrio Mitre		Borde del barrio Mitre		Cerca del barrio Mitre		NS/NC		Total	
Ninguna importancia	4	66.7%	2	33.3%					6	100%
Poca importancia	8	34.8%	8	34.8%	7	30.4%			23	100%
Bastante import.	9	40.9%	9	40.9%	4	18.2%			22	100%
Mucha importancia	17	36.2%	14	29.8%	15	31.9%	2	2.1%	48	100%
NS/NC			1	100%					1	100%
Total	38	38.4%	34	34.3%	26	26.3%	2	2.0%	100	100%

Fuente: encuesta Barrio Mitre, septiembre 2003

Los resultados de este cruce muestran que ningún entrevistado que dijo vivir fuera del Barrio Mitre (26 personas) le asignó ninguna importancia al delito en el barrio, en oposición los que más contestaron que el delito no tenía ninguna importancia fueron los que viven en el centro del Barrio Mitre, aunque en total sólo 6 personas optaron por esa respuesta. Por otra parte, el otro extremo de la escala que fue donde se acumularon la mayor parte de las respuestas: primero “Mucha importancia” seguido por “Bastante importancia”, presenta una distribución sin diferencias significativas de acuerdo al lugar de residencia, siendo en conjunto las opciones del 70 % de los encuestados.

Constatada de esa forma la importancia que para la gente tiene el problema del delito en la zona, se preguntó sobre quiénes pensaba que cometían mayormente los delitos: si gente del barrio Mitre, si personas que viven en diferentes sitios de Saavedra, o si eran personas que vienen de afuera. Las respuestas se repartieron de modo proporcional en poco más del 20% cada una, sorprendiendo una cantidad importante (32%) que marcó no sabe/no contesta. Es probable que esto último sea motivado por el temor y la sensibilidad que despierta la cuestión de la ilegalidad, teniendo en cuenta que un alto porcentaje de personas tiene algún allegado en situación comprometida con la ley.

Si bien en el caso anterior no hay un vuelco de opiniones clara en cuanto a la residencia de quienes comenten delito, sí la hay en cuanto a la generación de pertenencia de los mismos. Frente a la pregunta: “A su entender cometen más delitos...”, el 86% de los encuestados marcó “los jóvenes”, frente a un 3 % que marcó “los mayores” y un 10% no sabe/no contesta. Seguidamente se efectuaba una pregunta abierta solicitando la justificación de tal respuesta. Por su carácter de pregunta abierta, sin opciones como las anteriores, la dispersión de las respuestas fue mayor, y con más riqueza de matices al no ajustarse a categorías prefijadas. Prevalcieron dos respuestas: 1ro. “Por la droga y el consumo de alcohol” (25% en conjunto) y 2do. “No hay trabajo, mala situación económica en el hogar” (20 %). Siguiendo en orden de importancia cuantitativa, es interesante que los encuestados argumentaron como explicación a que los jóvenes cometan más delitos, al hecho de: “La falta de ejemplos” (se entiende buenos) y “Aprenden de los padres y otros adultos”, que constituyeron en conjunto el 18 % de las respuestas. Esto parece significativo en el sentido de una conciencia de la responsabilidad de los adultos en cuanto a la trayectoria de muchos jóvenes que incursionan en el terreno delictivo y de lo ilegal. Luego de modo minoritario se expresaron las siguientes respuestas: “hay descontento social”, “falta de proyectos”, “no quieren estudiar”, “no hay educación-capacitación”, y otras. También es destacable mencionar que la variable de edad de los encuestados no afectó significativamente la distribución de los resultados expuestos.

Lo que emerge de la encuesta en este sentido no hace más que confirmar el fuerte discurso instalado acerca del problema de los jóvenes, y su vinculación con el delito. Inclusive, desde el discurso y la acción de las políticas sociales, tanto desde el Estado como desde las ONGs. que trabajan en la zona, se enfatiza en la necesidad de ocuparse de los jóvenes, como uno de los actores más vulnerables en la actual crisis y que requiere por lo tanto un tratamiento e interés especial.

Ahora bien, si la situación parece indicar inequívocamente que se han creado las condiciones para poner en riesgo a la juventud –tal como se manifiesta siguiendo las trayectorias educativas y laborales– en el marco de familias en proceso de vulnerabilidad, la vinculación directa con el delito y la inseguridad en la zona no es tan simple y lineal. En este contexto, donde es innegable el mayor involucramiento de individuos cada vez más jóvenes en hechos diversos de violencia y delito, que parecen corroborar los datos estadísticos del ámbito judicial², se ha creado una arena política de disputas, que tiene su expresión local, acerca de la interpretación del incremento de la inseguridad, y sus derivaciones en cuanto a qué política se debe adoptar para orientarse hacia su resolución o al menos su reducción. Parte de esa discusión que involucró a todo el país la hemos visto a propósito de una catarata de hechos de violencia delictiva que se puso en la consideración pública con el sonado caso Blumberg, que ha generado la reacción de la sociedad civil a través de protestas, demandas, movilizaciones e infinidad de debates radiales y televisivos.

Las posiciones tanto de especialistas como de la gente común se han polarizado: por un lado los llamados “garantistas”, por el otro los que demandan políticas de mayor penalización. Los primeros destacan los derechos y garantías constitucionales de los individuos, planteando la penalización como última medida de la justicia. Los segundos, plantean que hasta que no se reforme el código penal, que lo interpretan como desactualizado y “blando”, en el sentido de castigos más severos y ejemplificadores, que lleguen también a los jóvenes desde los 14 años, no se terminará con el delito. También hay posiciones intermedias entre esos extremos, pero lo cierto es que ante la desesperación de las víctimas directas e indirectas del delito³ y, por otro lado, la corporación judicial y policial que se siente amenazada por algunas medidas del gobierno y

2 Distintos estudios han mostrado en el ámbito del gran Buenos Aires, el incremento de las causas asistenciales y causas penales entre los jóvenes en los últimos 10 años, fenómeno que algunos autores vinculan con el aumento de la desocupación (Miguez, 2000).

3 Nos referimos al delito en sentido amplio, que incluye formas de corrupción como la habilitación fraudulenta de espacios públicos para recitales que dio lugar a la tragedia del boliche llamado Republica de Cromagnón, cuyo incendio produjo la muerte de casi 200 jóvenes que presenciaban un recital de rock.

por la opinión pública, las posiciones se enfrentan y se extreman adquiriendo carácter violento.

Por lo tanto lo que veremos específicamente de Saavedra-Barrio Mitre es sólo un caso, una arena de disputa local, que se inscribe en procesos de mayor alcance territorial y sociopolítico. Sin embargo este barrio tomó notoriedad en los medios de comunicación con referencia al tema de la inseguridad, veremos como se gestó ese proceso.

4. Las respuestas: sociedad civil y Estado

En principio desarrollaremos las respuestas institucionales desde el Estado y desde la sociedad civil en el área de influencia de Saavedra-Barrio Mitre, que se generaron durante la segunda mitad de la década del 90, que implicó dentro de las primeras la instrumentación del Plan Nacional de Prevención del Delito, y dentro de las segundas la fundación y desarrollo de una asociación de la sociedad civil denominada ALERTA, vecinos solidarios, dedicada al tema de la seguridad. No obstante, veremos que ambas áreas están interrelacionadas en esta historia, y es difícil abordar a cada una por separado sin referencia a la otra. De hecho por el año 1996 que comienza a tomar fuerza la organización de vecinos preocupados por el tema de la seguridad, un primer punto de disenso, que va a perfilar dos modos de enfrentar el problema, es entre quienes en principio se organizan para reclamar seguridad ante los organismos pertinentes del Estado, y quienes avanzan hacia una organización vecinal más autónoma, para colaborar en la propia gestión de la seguridad.

A partir del relato de personas que participaron en el movimiento, parece que por esa época una mujer, dueña de un minimercado que había sufrido una serie de robos, tomó protagonismo como conductora de una movilización de vecinos para reclamar más seguridad en el barrio, bajo el marco institucional de la Junta Vecinal de Saavedra (JUVESA). Así lo relataba Domingo:

“Habían hecho un movimiento importante, lograron que bajaran el 25 de noviembre del 96, vinieran del gobierno de la Ciudad y los capitostes de la Policía Federal a hablarnos en la sala Spilimbergo, sobre la seguridad en el barrio de Saavedra porque empezaron una serie de robos muy importantes. Pareció útil” (...) *“Hicieron reclamos y todo, este grupo tomaba mucha fuerza en asambleas, una intensidad de reclamos, a romper las pelotas con una insistencia tan colosal, que logran que se baje cualquiera”* (Domingo, julio de 2001).

Uno de los funcionarios que bajó a dialogar con los vecinos fue el director de Política Criminal, quien parece haber despertado el respeto de algunos vecinos por su actitud democrática y no demagógica:

“...bajó con una cosa muy interesante. Primero, no bajo ningún programa, no quiso imponer nada, y dio con un marco de contención, se ‘bancó’ la catarsis de todo el mundo. Empezó a decir no tengo soluciones ya, y le empezaron a gritar y él explicó que tarda mucho tiempo. Planteó que había que buscar una salida que nos permita con la menor cantidad de disgustos posibles llegar a un estado de mayor seguridad” (Domingo, julio de 2001).

Pero el reclamo de la gente apuntaba a soluciones inmediatas, urgidos por una situación que experimentaban como insostenible:

“Cuando a vos te asaltan, te cagan a palos, te queda un agujero, económicamente te hacen bolsa, vas por una calle y ves que la calle está cortada y te das cuenta que te la van a pegar y das marcha atrás y te aparece un 38 por la ventanilla, ‘quedate quieto y dame toda la guita’, y arriba del auto estas con toda tu familia, ¿vos qué querés?, inmediatez. Por eso tenemos que ubicarnos cronológicamente. La evolución cronológica del grupo es muy importante, entonces lo que vos buscás es inmediatez, cosas inmediatas, ya” (Domingo, julio de 2001).

Dentro de esa lógica de la desesperación que buscaba alivios inmediatos, la demanda mayoritaria de la gente era por más policía y otras solicitudes por mayor penalización (“mano dura” tal como se define popularmente), y el grupo de JUVESA planteó también un proyecto de urbanización del Barrio Mitre. Más allá de su contenido, aparece ya en su sola formulación una clara vinculación entre inseguridad y Barrio Mitre, el que necesitaría ser urbanizado por la seguridad de la zona. En rigor el barrio está urbanizado, si bien no al modo extendido general del entorno. Por otra parte, otro sector de los vecinos movilizados elaboró otras propuestas, marcando algunas diferencias de estilos de organización más democrática y con otros objetivos que conformarían el germen inicial a partir del cual a posteriori se fundaría la asociación ALERTA, vecinos solidarios.

Dada la preocupación y la presión de la gente, estas reuniones se instituyeron cada 20 días, y para mediados del año 1997 se trajo a un criminólogo de la ciudad de Cali, Colombia, llamado Concha Martínez para que contara la experiencia del origen e instalación de la violencia en ese país. Según cuentan algunos concurrentes, la visión del problema en Argentina por parte de este especialista extranjero fue muy alarmante. Diagnosticaba que dada la evolución de la curva ascendente del delito y los asesinatos en Saavedra, nos encaminábamos hacia una “colombianización” del problema; decía que en las ciudades colombianas el ascenso fue tan brusco que no les dio tiempo a nada, llegando a que “finalmente se cagaban a tiros todos los días”. El resultado de esa charla fue muy traumático para los vecinos, quienes fantaseaban con más policía, tanquetas, bombas o lo que hiciera falta para vencer “el delito”, construido como una especie de catástrofe natural de la que había que defenderse: “...y a

nosotros nos entró un pánico infernal, teníamos que hacer algo, fuera de joda, en serio”. Y como es sabido, el pánico paraliza o moviliza, pero casi nunca deja indiferente.

Este núcleo inicial disidente con JUVESA, por iniciativa de Domingo, crea un foro de debate virtual a través de correos electrónicos e internet. El recurso de esta tecnología estuvo desde el inicio, cuando en una propuesta inicial rechazada por JUVESA se incluía la creación de una página web sobre la problemática de la inseguridad. El foro estuvo constituido por poco más de diez personas, con tres o cuatro muy activas. Por intermedio de una ingeniera aeronáutica que formaba parte del foro, y que hacía estudios superiores en Inglaterra, obtuvieron información acerca de un esquema de seguridad inglés que se conectaba con episodios vividos por vecinos de Saavedra relatados en las reuniones periódicas con el Director de Política Criminal. Se trataba de un hecho delictivo en el que un vecino fue sorprendido con fines de robo y luego asesinado en el momento de guardar el auto en su casa, este hecho tuvo consecuencias:

“...estaba toda la familia con un cuadro desastroso, drama total. Te conmovía, entonces lo que hicimos, los vecinos tenían tanto miedo que no querían guardar los autos en las casas. Entonces decidieron cuando yo voy a guardar el auto toco bocina, entonces ustedes encienden las luces de los autos y miren, si yo veo algo raro ustedes me ayudan. Entonces hicieron así, entonces este colombiano (se refiere al experto sobre seguridad) dijo, ‘eso es lo que hay que hacer, ese es el camino’. Nos puso un signo de interrogante...” (Domingo, julio de 2001).

Efectivamente, parece que dichos planes de seguridad aplicado en Inglaterra con el nombre de ‘*Neighbourhood Watch*’ que en la década del 80 se expandieron por algunos países europeos, principalmente Inglaterra y en el Norte de América, se basaban en la coordinación y colaboración entre vecinos para disminuir los riesgos (las oportunidades) de ser víctimas de prácticas delictivas. Entonces el grupo se dedicó a la tarea de conseguir información de tal esquema de seguridad a través de folletos informativos que distribuía la policía inglesa y fundamentalmente a través de su página web. Se tradujo al castellano y de acuerdo a los dichos del grupo lo adaptaron a la idiosincrasia argentina, manteniendo las bases fundamentales. Se elaboró un pequeño proyecto que era más bien descriptivo de distintas acciones solidarias vinculadas con la seguridad y se los presentaron al Director de Política Criminal del Ministerio de Justicia de La Nación, quien lo recibió con interés y apoyándolos para que lo lleven a la práctica. Aunque a posteriori, y a pesar de las promesas, nunca existió un compromiso económico real para su ejecución. Sin embargo, parece ser que algunos funcionarios vinculados al área de Política Criminal se apropiaron de parte de las ideas contenidas en el proyecto y por distintos carriles la propuesta tomo notoriedad pública a partir de una nota salida en el diario La Nación, el segundo en tirada a nivel nacional y de orientación conservadora.

Las condiciones de inseguridad y el miedo que se difundía entre las capas medias y el conjunto de la sociedad, hicieron del tema puntual de Saavedra una auténtica eclosión en los medios, el grupo recibía por ese entonces llamadas desde distintos medios de comunicación interesados en hacerles notas acerca de la iniciativa de los vecinos. La fuerte desconfianza frente a la policía y la justicia, también colaboraban en esa dirección. Entusiasmados por la repercusión obtenida por noviembre de 1997, se decide el lanzamiento del grupo, haciendo una convocatoria puerta por puerta, poniéndole nombre a lo que de hecho ya existía:

“Yo le quería poner ágora, pero me dijeron que muchos no lo iban a entender que no transmitía nada. Alerta se le ocurrió a Fernández, me pareció bien, y como la base era la solidaridad le pusimos, vecinos solidarios. El lanzamiento fue el 10 de diciembre del 97” (Domingo, julio de 2001).

El proceso no estuvo exento de disputas con aquel sector de JUVESA, que se vio desplazado por este nuevo agrupamiento que ganó hegemonía. Domingo, su principal referente así veía las diferencias:

“La posición de JUVESA era opuesta: combatir la violencia con violencia y que se encargue directamente el Estado. Nosotros pensamos otra cosa, que los que tenían que hacerlo era la gente para lograr objetivos intermedios y gestionar con las instituciones para lograr objetivos micro” (Domingo, julio de 2001).

El uso de las llamadas TICs, tecnologías de información y comunicación, en esta experiencia, llamó la atención de especialistas y académicos, que vieron una herramienta novedosa para la creación de Redes comunitarias: *“El Plan Alerta es un plan de reducción de la violencia urbana y prevención del delito, que requiere la participación y colaboración de los vecinos, a través del uso de tecnologías de información y comunicación (TICs), y de una fluida comunicación interna entre ellos y con los funcionarios políticos y policiales. Se basa en tres líneas fundamentales: el desarrollo de hábitos de conducta y rutinas individuales que redujeran la oportunidad del delito, el desarrollo de actitudes solidarias dentro de la comunidad para lograr una protección colectiva y la coordinación de las actividades comunitarias con la Policía del área”* (S. Finquellievich, 2002:3).

No obstante la orientación inicial que Domingo le dio al grupo, evidentemente con el aval de quienes componían el grupo originario de Alerta, vecinos solidarios, se expresa sin ambigüedades:

“...yo no sabía qué hacer, no tenía ni la más pálida idea, entonces me conecté con la gente que tenía contacto por correo electrónico e hicimos un foro de debate, 11 personas con 3 o 4 muy activas. Yo en ese momento pensaba que la solución era el napalm, te digo sinceramente, soy honesto; si mintiera, sería funcionario” (Domingo, julio de 2001).

También estaba muy clara en el discurso del grupo una posición muy crítica hacia la burocracia del Estado y los políticos. El crecimiento del Plan Alerta los

constituyó en un referente para mucha gente sensibilizada con el tema, y en pivote para las acciones emprendidas en procura de una mayor seguridad. Las actividades para mejorar la escasa iluminación de los espacios públicos, el podado de los árboles, etc., implicaron disputas con los agentes del gobierno de la ciudad responsables y la transgresión del límite entre la demanda y la acción directa. La instalación de iluminación “colgada” de la red eléctrica pública y el podado de los árboles por parte de grupos de vecinos fueron algunos ejemplos.

Esta posición fue defendida ante el gobierno de la ciudad en base a un recurso legal apoyado en la idea de “estado de necesidad”, tomado de experiencias pasadas de luchas sociales que utilizaban tal argumento en referencia al estado de hambre de la población, para no ser penalizados como ladrones comunes. Esta idea surgió en el grupo a través de un miembro que recordó esa experiencia de la militancia socialista de su padre. El gobierno, por su parte, argumentaba en favor de sacar las luces instaladas por los vecinos, puesto que se trataban de conexiones clandestinas que recargaban el consumo y, por ello, podían dañar las usinas eléctricas. Finalmente las luces no se sacaron lo que implicó una “batalla ganada” (en sus términos) que incentivó la unidad y convicción del grupo, lo que los impulsó a continuar con otras tareas consideradas relevantes para el mejoramiento de la seguridad, como el desramado de los árboles, lo que también implicaba un conflicto con el área encargada del gobierno de la ciudad: *“Cuando vimos que por el argumento de estado de necesidad habíamos ganado lo de las luces, comenzó lo de la podada, que algunos se desbocaron, por la gran poda”* (Domingo, julio de 2001).

Este conflicto de competencias –o sea quien debe legítimamente hacer que cosa– fue en el desarrollo de la experiencia del plan ALERTA, un punto de tensión permanente, en alguna medida inevitable. De una parte, estaban los vecinos enojados por la falta de profesionalidad, competencia y voluntad del Estado, sospechado también de corrupción, o sea profundamente deslegitimado en su rol de proveer de seguridad a sus ciudadanos. Por otra, los distintos organismos del Estado cuyas competencias atañen a la seguridad: justicia, policía, etc. marcando su territorio, sintiéndose amenazados por la organización de los vecinos y su avanzada en la gestión de cuestiones en las que se supone el Estado tiene el monopolio del uso de la fuerza pública.

Como bien lo sintetizara un funcionario: *“Ellos (por los integrantes del Plan Alerta) no terminan nunca de definir el vínculo y la forma de articulación entre el Estado y lo público no-estatal en su rol. (...) Hay una permanente tensión en torno a este tema...”* (citado por Finkelievich, 2002:18). Sostienen que ALERTA tiene confundido su rol: *“ellos son vecinos; no son el Estado”*.

Un punto destacable del Plan ALERTA, entendible por su génesis y desarrollo, es su expansión más allá de los límites locales de origen. Como afirma Finkelievich:

“El Plan ha establecido infinidad de contactos nacionales e internacionales. Muchos barrios y cuadras de la ciudad de Buenos Aires y del interior de nuestro país lo han tomado como referente de cómo organizarse y de cómo participar en el tema de seguridad desde su condición de vecinos. Algunos, incluso, han llegado a diseñar su propia página Web, como un grupo de la provincia de Buenos Aires” (Finkelievich, 2002:16).

Sin embargo las intenciones de articulación entre el Plan Alerta, vecinos solidarios, y el Programa Nacional de Prevención del Delito, dependiente de la Secretaría de Justicia y Seguridad no han tenido mucho éxito, según lo refiere Finkelievich:

“Los Vecinos Solidarios, conscientes de la expansión obtenida gracias al uso de las TICs, han desarrollado y promovido una propuesta de portal o sitio Web a través del cual pudiesen trabajar junto con el Plan Nacional de Prevención del Delito (PNPD). El Plan Nacional de Prevención del Delito, a pesar de ser un plan nuevo, serio y elaborado para la realidad argentina, no plantea la necesidad de establecer estrategias mediáticas para contribuir a la disminución de la sensación de inseguridad, y mucho menos plantea las formas en que concibe la participación ciudadana” (Finkelievich, 2002:16).

Sin embargo, al menos en el plano formal, se continuaron los esfuerzos de colaboración ya que en noviembre del año 2003, el Ministro de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos firmó una resolución en la que se aprueba el Proyecto de creación de la Red Nacional de Seguridad Comunitaria (RENASECO), en los términos de un convenio de cooperación con la Asociación Vecinal “Vecinos Solidarios Plan ALERTA”. Los términos de la cooperación se platean en el plano del mutuo apoyo técnico y de capacitación en las áreas de interés.

Por otra parte como vimos en su origen, uno de los fermentos iniciales que dieron lugar al Plan Alerta se constituyó en relación a funcionarios que “bajaron” a reflexionar con los vecinos. Lo público no estatal y lo estatal se entretajan en relaciones de oposición y colaboración que dan como resultado distintos escenarios políticos muy dinámicos y conflictivos.

5. Conclusión: visibilidad e invisibilidad de las inseguridades

En ese sentido, la experiencia de ALERTA, vecinos solidarios, debe interpretarse en contextos de la disputa social y política más abarcadora, en la cual el Barrio Mitre, y las relaciones de poder derivadas de las diferencias de clase social, fuertemente ligada al lugar donde se vive, no puede quedar afuera del análisis. “Villa” Mitre y sus habitantes no es solamente un dato descriptivo inicial del ambiente, sino que configura un emergente local de la creciente vulnerabilidad social en nuestra sociedad y que tiene fuerte incidencia, como hemos visto, en

el imaginario del delito y la violencia en la zona. Por lo tanto centrarse sólo en la originalidad y potencialidad de las TICs instrumentadas por el Plan ALERTA, como una herramienta útil en la lucha contra el delito y la violencia, como un fenómeno en expansión y recurrente en las grandes ciudades, es contribuir a su naturalización; a tomarlo como un nuevo “fenómeno dado” contra el que hay que luchar, pero sobre el que no se reflexiona acerca de su génesis, reproducción y las condiciones socioculturales que lo alimentan y aquellas otras que eventualmente pudieran eclipsarlo.

De hecho en la zona de Saavedra todos en alguna medida sufren la inseguridad, y sin embargo no todos participan y ni siquiera están de acuerdo con la estrategia del Plan ALERTA. Y más allá del acuerdo o no con esta organización civil, hay restricciones de clase social que inhabilitan a muchos a participar; el uso de las TICs requiere un mínimo de disponibilidad material (computadora, casilla de correo e internet, etc.), de las cuales muchos no disfrutaban en la zona. De hecho uno de los aspectos fuertemente reivindicado por la asociación es que se autofinancia, que no recibe fondos del gobierno, lo que les garantizaría autonomía política. Los flujos de la información, acrecentados por la red global, y visto en nuestro caso tan relevantes en problemáticas específicas como la seguridad, no circulan de manera homogénea en las poblaciones humanas, y menos aún en contextos de profundas desigualdades como en América Latina. De poco sirve, exaltar las virtudes de las nuevas tecnologías de la información si no analizamos la organización social de los flujos de significados, o sea cómo las nuevas tecnologías se incorporan y son usadas de modo diferencial y desigual en el marco de contextos sociohistóricos específicos. Como bien señala Hannerz: “*El alcance del flujo cultural se extiende, lo que interesa es el complejizado problema de su distribución social: la organización social del significado*” (Hannerz, 1992).

Como afirmáramos más arriba, los segmentos vulnerables de la sociedad también sufren el estado de inseguridad, pero de un modo acorde a su condición material y a los códigos socioculturales diferenciales que se expresan en cada área, barrio o enclave urbano. Además, la presencia mediática de la inseguridad se detiene en los “hechos resonantes”: robos o hechos de violencia en barrios de gente pudiente o donde se juegan valores materiales significativos. La inseguridad en los barrios pobres sólo se registra en la medida que impliquen graves hechos de violencia: torturas, violaciones, asesinatos, no así la delincuencia menor: el robo de bicicletas, de electrodomésticos en viviendas, en fin de los bienes materiales que puede disponer una familia pobre, pero que en términos relativos y subjetivos es tan significativo como la sustracción de un vehículo para una familia de clase media.

Este registro sesgado de la inseguridad por los medios crea un imaginario donde las víctimas de la inseguridad no se localizan en los barrios pobres, sino

en aquellas áreas de la ciudad donde hay más riqueza y botines apetecibles para los delincuentes. Sin duda aquí hay una lógica de sentido común que indica que el delincuente va a dirigirse allí donde encuentre bienes y dinero en abundancia. Sin embargo también es predecible, dentro de una lógica de costo-beneficio, que las prácticas delictivas se dirijan al más desprotegido, o sea que, si bien el resultado puede ser un magro botín, el riesgo implicado en ese caso es mínimo. Esto último también es significativo tomando en cuenta una diversidad de estudios que indican actualmente la presencia de una gama ampliada de prácticas delictivas y fronterizas, que ya no responden solamente a los códigos y prácticas del ladrón profesional clásico. A este tipo de prácticas en expansión, que Gabriel Kessler (2004) tipifica como delincuentes amateurs, se refiere Jaime, un joven del barrio Mitre:

“...pero yo vi muchos robos, muchas cosas raras. Porque como yo estoy ahí en el barrio, los pibes del barrio lo que hacen es robar alrededor del barrio. Porque digamos, hablando mal, los chicos estos son todos cagones, son cagones; se hacen los chorros y le roban a alguien de 60 años, le roban lo que cobró, 200 \$ suyos que tenía, su jubilación le roban. Es eso sólo que roban, no saben robar, son como me dijo a mí un policía amigo, que a esos se les llama...tienen un nombre, que roban a gente que no se sabe defender; viejitos, ancianos, a chicos chiquitos la bicicleta y después la vende a 30 \$” (Jaime, 20 años, mayo de 2001).

Dentro de esta lógica puede interpretarse el incremento de los robos a jubilados, ancianos, niños, mujeres pobres en barrios vulnerables, que han generado la ruptura de viejos códigos que funcionaban en los barrios marginales, tal como el de no robar dentro del mismo barrio donde la proximidad de las relaciones personales inhibían la violencia delictiva. Igualmente, en el ámbito de nuestra investigación, sigue funcionando en parte aquella norma, aunque más vulnerada en los últimos tiempos o ejerciendo prácticas para obtener “algo” menos insociables, como el “manguero”, el pedido de “peaje” a los mayores, el engaño, que en muchos casos recurren a la colaboración “voluntaria”, y están recubiertas del juego y el subterfugio.

Por ello creemos imprescindible para comprender la problemática de la inseguridad, en el contexto del modelo de sociedad excluyente en la que vivimos, analizar en profundidad la violencia social que se despliega en la vida cotidiana de los sectores más vulnerables, ya sea en cuanto a los riesgos implicados en las trayectorias personales delictivas o ilegales, ya como víctimas de la violencia simbólica y material emanada desde las instituciones especializadas en la seguridad y desde la sociedad en general. Esta violencia como parte del día a día que recorre desde los ámbitos primarios de socialización hasta las instituciones encargadas de la inclusión social –básicamente ligados a lo educativo y laboral– pasando por los microespacios capilares de ejercicio del poder en la sociedad, tiene un

papel central en la producción y reproducción de la vulnerabilidad social. La metáfora de la exclusión social como la etapa terminal de ese proceso es la más insegura de todas las inseguridades y, sin duda, es una parte de la explicación de la actual inseguridad urbana, pero más bien como reclutadora de “carne de cañón” para el delito para quienes no tienen nada que perder y se sitúan en el eslabón más débil de redituables negocios transnacionales dedicados al robo, al tráfico de drogas y armas cuyo control estratégico se encuentra en otro lugar y en otro estrato social.

Bibliografía

- AUYERO, Javier. 2002. Fuego y barricada. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática. En: *Nueva Sociedad*, N° 179. Caracas.
- CASTEL, Robert. 1995. De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso. En: *Archipiélagos*. No. 21. Barcelona.
- FINQUIELEVICH, S. y M. SAGUIER. 2002. *Internet en la seguridad urbana: el plan Alerta del barrio de Saavedra*. En internet. Buenos Aires.
- FOUCAULT, Michel. 1981. *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza Editorial, Madrid.
- GIDDENS, A. 1993. *Consecuencias de la modernidad*. Editorial Alianza, Madrid.
- HANNERZ, U. 1998. *Conexiones transnacionales*. Madrid.
- KESSLER Gabriel. 2004. *Sociología del delito amateur*. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- MIGUEZ, Daniel. 2000. *Los Pibes Chorros. Transformaciones Estructurales, Nuevas Formas de Marginalidad y las Mutaciones de la Cultura Delictiva en la Argentina*. Buenos Aires.
- SABAROTS, H. Marzo de 2005. Redes sociales en la construcción de la identidad de jóvenes en situación de vulnerabilidad. En: *Revista Etnia*, 46-47:279-298, IIAO, Museo Dámaso Arce, Olavarría.
- SABAROTS, H. 2002. Trayectorias juveniles y redes sociales locales en barrios pobres de Buenos Aires. En: Alicia Villafañe (comp.) *Construyendo lo local*. Núcleo Regional de Estudios Socioculturales (NuRES), Ediciones Al Margen. La Plata.
- WACQUANT, L. 2001. *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Editorial Manantial. Buenos Aires.
- WACQUANT, L. 2000. *Las cárceles de la miseria*. Ediciones Manantial. Buenos Aires, 2000.